

CANTO XVIII

Mientras así se batían a la manera del ardiente fuego ²⁸⁵,
Antíloco, de rápidos pies, llegó como mensajero ante Aquiles
y lo halló delante de las cornierguidas naves,
presintiendo en su ánimo lo que justo se había cumplido ²⁸⁶.

5 Y he aquí que, apesadumbrado, dijo a su magnánimo corazón:

«¡Ay de mí! ¿Por qué los aqueos, de melnuda cabellera, otra
vez se atropellan junto a las naves despavoridos por la llanura?
Me temo que los dioses cumplan las malas inquietudes que siento,
conforme a lo que una vez me explicó mi madre, que me dijo

10 que el mejor de los mirmídones todavía en vida mía

a manos de los troyanos abandonaría la luz del sol.

Seguro que ya está muerto el fornido hijo de Menecio.

¡Obstinado! Le ordené que nada más rechazar el abrasador fuego
volviera a las naves sin luchar a viva fuerza contra Héctor.»

15 Mientras revolvía estas dudas en la mente y en el ánimo,

llegó cerca de él el hijo del admirable Néstor

derramando cálidas lágrimas y le comunicó la dolorosa noticia:

«¡Ay de mí, hijo del belicoso Peleo! Muy luctuosa es
la nueva que ahora vas a saber y que ojalá no hubiera sucedido.

²⁸⁵ El canto XVIII recibe el título de 'fabricación de las armas', tema que en realidad sólo ocupa la segunda parte del mismo.

²⁸⁶ Véase XIX 328 ss. y XVII 404 ss., donde se dice que Aquiles no suponía que se hubiera producido la muerte de Patroclo, porque, contra lo que era habitual, su madre no se lo había anunciado con antelación.

Patroclo yace muerto y ya se lucha alrededor de su cadáver 20
desnudo, que las armas las tiene Héctor, de tremolante penacho.»

Así habló, y a él una negra nube de aflicción lo envolvió.
Cogió con ambas manos el quemado hollín
y se lo derramó sobre la cabeza, afeando su amable rostro,
mientras la negra ceniza se posaba sobre su túnica de néctar. 25
Y extendido en el polvo cuan largo era, gran espacio
ocupaba y con las manos se mancillaba y mesaba los cabellos.
Las siervas que Aquiles y Patroclo se habían adjudicado en prenda
proferían grandes alaridos afligidas en su corazón, y a la puerta
corrieron en torno del belicoso Aquiles y todas, con las manos 30
mientras se golpeaban el pecho, cayeron postradas de hinojos.
Del otro lado, Antífloco se lamentaba y vertía lágrimas
con las manos de Aquiles cogidas, y su glorioso corazón gemía
ante el temor de que se segara la garganta con el hierro ²⁸⁷.
Aquiles dio un pavoroso gemido, que su augusta madre escuchó 35
sentada en los abismos del mar al lado de su anciano padre
y la hizo exhalar un suspiro. Y las diosas se congregaron,
todas las nereidas que estaban en el abismo del mar ²⁸⁸.
Allí estaban Glauca, Talía y Cimódoce,
Nesea, Espío, Toa y Halfa, de inmensos ojos, 40
Cimótoe, Actea y Linnoría,
Mélita, Iera, Anfítoa y Ágava,

²⁸⁷ Uno de los pocos ejemplos en los que aparece el hierro. Es probable que, como en algunos otros pasajes donde aparece (véase XXIII 30), se refiera a un cuchillo de cocina, y no a una espada de guerra.

²⁸⁸ La mayoría de los nombres de las hijas del anciano del mar, Nereo, tienen un significado transparente en griego, o al menos tienen una evocación cierta, que hace referencia a diversas propiedades o estados del mar o a actividades humanas relacionadas con el mar. La mera transcripción castellana de los nombres oscurece lo que los nombres originales evocan. El hecho de que sean presentadas como divinidades 'Zarca, Isleña, Costera, Veloz', etc., y otras apariencias del mar induce a considerar que en Homero subyace una mentalidad primitiva que atribuye un carácter divino a cada manifestación de los fenómenos naturales y a cada actividad humana.

Doto, Proto, Ferusa y Dinámena,
 Dexámena, Anfinoma y Calianira,
 45 Dóride, Pánopa y la muy ilustre Galatea,
 Nemertes, Apseudes y Calianasa;
 allí estaba Clímena, Yanira y Yanasa,
 Mera, Oritía y Amatea, de hermosos bucles,
 y las demás nereidas que había en el abismo del mar ²⁸⁹.

50 Todas llenaron la clara gruta y, mientras ellas
 se golpeaban el pecho, Tetis entonó el llanto:

«¡Escuchadme, hermanas nereidas, y así todas conoceréis
 bien, si me escucháis, todas las cuitas que hay en mi ánimo.
 ¡Ay de mí, desdichada! ¡Ay de mí, infeliz madre del mejor,
 55 que después de dar a luz a un hijo intachable y esforzado,
 el más notable de los héroes, que pronto creció cual retoño
 —y yo lo crié como a la planta sobre la colina del viñedo
 y lo envié con las corvas naves hacia Ilio a luchar
 contra los troyanos—, ya no volveré a darle la bienvenida
 60 de regreso en casa, dentro de la morada de Peleo!
 Y mientras dura su vida y contempla la luz del sol,
 está afligido y ni siquiera puedo ir y socorrerlo.
 Mas iré, no obstante, a ver a mi hijo y a escuchar de él
 qué dolor le ha invadido, aun estando apartado del combate.»

65 Tras hablar así, abandonó la cueva, y las demás con ella
 salieron llorosas, mientras alrededor el hinchado oleaje
 rompía. Nada más llegar a la feraz Troya,
 ascendieron en fila a la costa, donde se apretaban varadas
 las naves de los mirmidones en torno del rápido Aquiles.
 70 La augusta madre se presentó ante el gimiente hijo
 y tras exhalar un agudo gemido le abrazó la cabeza
 y llena de lástima dijo estas aladas palabras:

«¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pena ha llegado a tu mente?
 Habla, no la ocultes. Ya se te ha cumplido por obra de Zeus
 75 lo que un día suplicaste con los brazos extendidos:

²⁸⁹ La lista completa de nereidas, en Hesíodo, *Teogonía*, 242 ss.

que los hijos de los aqueos, privados de ti, quedaran cercados todos junto a las popas y sufrieran desastrosas adversidades.»

Con hondos suspiros replicó Aquiles, el de los pies ligeros:

«¡Madre mía! Cierto que el Olímpico me ha cumplido eso.

Mas ¿qué placer me reporta, cuando ha perecido mi compañero 80 Patroclo, a quien apreciaba sobre todos mis camaradas,

como a mi propia cabeza? Lo he perdido; Héctor lo ha matado y desnudado de la extraordinaria armadura, maravilla para la vista, bella, espléndido regalo que los dioses dieron a Peleo

aquel día en que te llevaron al lecho de ese hombre mortal. 85

¡Ojalá tú hubieras seguido allí entre las marinas inmortales habitando, y Peleo se hubiera casado con una esposa mortal!

Mas sucedió así para que sufieras penas infinitas en el alma por el fallecimiento de tu hijo, a quien no volverás a dar la bienvenida de regreso a casa, pues mi ánimo me manda no 90 vivir ni continuar entre los hombres, a menos que Héctor pierda antes la vida abatido bajo mi lanza

y pague haber convertido en rapaña a Patroclo Méneciada.»

Díjole, a su vez, Tetis, entre las lágrimas que vertía:

«Por lo que dices, pronto ya, hijo mío, llegará el destino; 95 pues en seguida después del de Héctor tu hado está dispuesto.»

Muy apenado, le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

«¡En seguida quede muerto, pues veo que no iba a proteger a mi compañero en la hora de su muerte! Muy lejos de la patria se ha consumido, y yo le falté y no le defendí de su maldición. 100

Ahora, dado que ya no voy a regresar a mi tierra patria y ni siquiera he sido luz de salvación para Patroclo y los demás camaradas, que en gran número han caído ante el divino Héctor, estoy sentado junto a las naves como fardo inútil de la tierra, siendo como ningún otro de los aqueos, de bronceínas túnicas, 105 en el combate, aunque haya otros mejores en la asamblea.

¡Así desaparezcan de los dioses y de las gentes la disputa y la ira, que aun al juicioso impulsan a enfadarse

y que más dulce que la miel destilada

umentan en el pecho de los hombres igual que el humo; 110

así me ha irritado a mí esta vez Agamenón, soberano de hombres.
Mas dejemos en paz lo pasado por mucho que nos aflija
y dobleguemos, como es fuerza hacer, el ánimo en el pecho.
Ahora iré en busca del matador de esa querida cabeza para mí,
115 en busca de Héctor. Mi parca yo la acogeré gustoso cuando Zeus
quiera traérmela y también los demás dioses inmortales.
Ni la pujanza de Hércules logró escapar de la parca,
aunque fue el mortal más amado del soberano Zeus Cronión,
sino que el destino lo doblegó y además la dura saña de Hera.
120 Así también yo, si el destino dispuesto para mí es el mismo,
quedaré tendido cuando muera. Mas ahora aspiro a ganar noble gloria
y a que más de una troyana o dardánida, de profundo talle,
con ambas manos de las suaves mejillas
se enjugue las lágrimas y emita entrecortados sollozos,
125 y a que se enteren de que he estado largo tiempo sin combatir.
Que tu amor no intente alejarme de la lucha: no me convencerás.»

Le respondió entonces Tetis, la diosa de argénteos pies:

«Sí, hijo, tienes razón. Realmente, no haces mal
en defender a los abrumados compañeros del abismo de la ruina.
130 Pero está en poder de los troyanos tu bella armadura
broncínea y chispeante, que Héctor, de tremolante penacho,
se vanagloria de tener en sus hombros. Mas te aseguro que no
se ufanará de ella mucho tiempo, pues su muerte está cerca.
Sin embargo, tú no te internes aún en el fragor de Ares,
135 hasta que yo venga aquí y me veas con tus propios ojos.
Al alba regresaré, a la hora de la salida del sol,
trayéndote bellas armas de parte del soberano Hefesto.»

Tras hablar así, dio la espalda a su hijo
y, después de girar, dijo a sus marinas hermanas:

140 «Vosotras sumergíos ahora bajo el ancho seno del mar
e id a ver al marino anciano y a las moradas paternas
a relatarle todo. En cuanto a mí, voy al vasto Olimpo
a ver a Hefesto, ilustre artífice, para ver si quiere
regalar a mi hijo unas ilustres armas resplandecientes.»

Así habló, y al punto se hundieron en las olas del mar, 145
 mientras Tetis, la diosa de argénteos pies, al Olimpo
 marchaba, para procurar unas ilustres armas a su hijo.

Mientras sus pies la transportaban al Olimpo, los aqueos,
 en medio de maravilloso griterío ante el homicida Héctor
 fugitivos, llegaron a las naves y al Helesponto ²⁹⁰. 150

Y los aqueos, de buenas grebas, ni el cuerpo de Patroclo,
 escudero de Aquiles, habrían sacado del alcance de los dardos;
 pues habían vuelto a aproximarse la hueste y los caballos,
 y Héctor, hijo de Príamo, semejante en coraje a la llama.

Tres veces lo agarró por detrás de los pies el preclaro Héctor, 155
 ávido de arrastrarlo, y a grandes gritos animó a los troyanos;
 y las tres veces los dos Ayantes, imbuidos de impetuoso coraje,
 lo repelieron del cadáver; mas él, fiado con firmeza en su valor,
 a veces arremetía entre la turba y a veces volvía a detenerse
 profiriendo grandes alaridos y en ningún momento se replegaba. 160

Igual que del cadáver de una res a un fogoso león son incapaces
 de ahuyentar los rústicos pastores cuando está hambriento,
 tampoco los dos Ayantes, protegidos con su casco, eran capaces
 de amedrentar a Héctor Priámida para alejarlo del cadáver.
 Y lo habría sacado y se habría alzado con indecible gloria, 165
 de no ser porque la rápida Iris, de pies como el viento,
 llegó corriendo del Olimpo a anunciar a Aquiles que se armara
 a ocultas de Zeus y de los demás dioses, según encargo de Hera.
 Y deteniéndose cerca, le dijo estas aladas palabras:

«¡Muévete, Pelida, el más terrorífico de todos los hombres! 170
 Defiende el cuerpo de Patroclo, por el que una atroz contienda
 se libra delante de las naves. Mortandad mutua se causan,
 éstos por defender el cuerpo del guerrero muerto,
 mientras los troyanos para arrastrarlo a la ventosa Ilio
 cargan derechos. El esclarecido Héctor es el que más 175

²⁹⁰ Continúa aquí la lucha por el cadáver de Patroclo, interrumpida después de XVII 715-761 por el mensaje de Antifloco a Aquiles y por la reacción de éste.

ansía tirar de él; y su ánimo le impele a clavarle la cabeza en lo alto de la empalizada, tras cortar su delicado cuello ²⁹¹.

¡Ea, arriba! ¡No sigas tendido! Sienta tu ánimo escrúpulos de que Patroclo se convierta en juguete de las perras troyanas.

180 Para ti sería una afrenta si va mutilado a unirse con los muertos.»

Respondióle el divino Aquiles, de pies protectores:

«¡Diosa Iris! ¿Qué dios te ha enviado a mí como mensajera?»

Díjole, a su vez, la rápida Iris, de pies como el viento:

«Hera me ha enviado, la insigne esposa de Zeus;

185 pero no lo sabe el Crónida, de sublime asiento, ni ningún otro de los inmortales que habitan en el muy nevado Olimpo.»

En respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

«¿Cómo ir al fragor del combate? Ellos tienen mis armas,

y mi madre no me ha consentido armarme con la coraza,

190 hasta que ella venga y yo la vea con mis propios ojos; ha insistido en que traerá de parte de Hefesto una bella panoplia.

No sé de otro de quien podría ponerme las ilustres armas, si no es el escudo de Ayante Telamoníada.

Pero también él supongo que se bate entre los primeros,

195 peleando con la pica por el cuerpo de Patroclo.»

Díjole, a su vez, la rápida Iris, de pies como el viento:

«Bien sabemos ya nosotros que tienen tus ilustres armas;

mas ve como estás al borde de la fosa y muéstrate a los troyanos, a ver si, atemorizados al verte, se apartan del combate

200 y los marciales hijos de los aqueos respiran de su quebranto; aunque sea breve, es un respiro del combate.»

Tras hablar así, Iris, la de pies ligeros, se marchó.

Por su parte, Aquiles, caro a Zeus, se levantó. Atenea le echó sobre sus valientes hombros la floqueada égida,

205 la diosa de la casta de Zeus coronó su cabeza de un nimbo áureo e hizo brotar de su cuerpo una inflamada llama ardiente.

Como cuando el humo sale de una ciudad y llega al cielo

²⁹¹ Probablemente en la empalizada que corona la muralla de la ciudad, aunque no hay otra noticia acerca de su propia existencia.

a lo lejos, desde una isla que los enemigos asedian,
y ellos todo el día toman como árbitro al abominable Ares
fuera de su ciudad; pero a la puesta del sol 210
numerosas hileras de fogatas arden y a lo alto el resplandor
sube presuroso para que lo divisen las gentes del contorno,
por si llegan con las naves para protegerlos de la perdición;
así el fulgor de la cabeza de Aquiles llegaba hasta el cielo.
Fue al borde del foso y se paró lejos del muro, mas a los aqueos 215
no se unió por deferencia hacia el sagaz encargo de su madre.
Allí se detuvo y dio un grito, que Palas Atenea a gran distancia
llevó, y causó un indecible tumulto entre los troyanos.
Como conspicuo es el son de la trompeta al sonar en presencia
de los enemigos, arrasadores de ánimos, que merodean la ciudad, 220
así de conspicua sonó entonces la voz del Eácida.
Nada más oír la broncínea voz del Eácida,
se conmovió el ánimo de todos: los caballos, de bellas crines,
giraban atrás los carros, presintiendo dolores en el ánimo;
y los aurigas quedaron atónitos al ver el infatigable fuego 225
que ardía sobre la cabeza del magnánimo Pelida
de modo terrible y que Atenea, la ojizarca diosa, inflamaba.
El divino Aquiles profirió tres enormes alaridos sobre la fosa,
y las tres veces troyanos e ínclitos aliados quedaron turbados.
Allí también perecieron entonces doce de los mejores mortales 230
al lado de sus carros y de sus picas; entre tanto los aqueos
sacaron jubilosos el cuerpo de Patroclo del alcance de los dardos
y lo depositaron en unas andas. Sus compañeros lo rodearon
con gran duelo, y entre ellos Aquiles, el de veloces pies,
que vertía cálidas lágrimas desde que vio a su leal compañero 235
yaciendo en el féretro, desgarrado por el agudo bronce;
he aquí que a quien había enviado con sus caballos y su carro
al combate ya no le daba la bienvenida al regresar de nuevo.

La augusta Hera, de inmensos ojos, al infatigable Sol
envió de regreso mal de su grado a las corrientes de Océano ²⁹². 240

²⁹² El final del día que comenzó al principio de XI, que acaba de manera prematura gracias a la intervención de Hera.

El sol se puso, y los aqueos, de casta de Zeus, suspendieron la violenta liza y el combate, que a todos por igual doblega.

Al otro lado, los troyanos de la violenta batalla se retiraron, soltaron los ligeros caballos de los carros

245 y se reunieron en asamblea antes de ocuparse de la cena.

La asamblea se celebró con todos ellos de pie, y nadie osó sentarse, pues el temblor dominaba a todos desde que Aquiles había aparecido tras su duradera renuncia a la dolorosa lucha ²⁹³.

El primero en tomar la palabra fue el inspirado Polidamante

250 Pantoida, el único que veía lo que había delante y detrás; era compañero de Héctor —ambos habían nacido la misma noche—, pero aquél descollaba por sus opiniones, y éste por la pica.

Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:

«Amigos, examinad bien las dos alternativas. Mi consejo
255 es ir ahora a la ciudad y no aguardar a la divina aurora en la llanura junto a las naves. Estamos lejos de la muralla. Mientras duró la cólera de ese hombre contra el divino Agamenón, los aqueos han sido más accesibles para nosotros en el combate; a mí mismo me ha complacido pernoctar junto a las veloces naves
260 con la esperanza de conquistar los maniobreros barcos.

Pero ahora tengo un terrible miedo del velocípedo Pelida; con lo exaltada que es su pasión, no estará dispuesto a quedarse en la llanura, donde troyanos y aqueos comparten unos con otros la furia de Ares,

265 sino que luchará por ganar nuestra ciudad y nuestras mujeres.

Ea, vayamos a la ciudad, hacedme caso, pues ocurrirá eso.

Ahora lo que ha detenido al velocípedo Pelida es la noche inmortal; pero si nos da alcance todavía aquí

270 sabrá quién es él. Con júbilo llegará a la sacra Ilio el que huya, y serán pasto de los perros y de los buitres muchos troyanos. ¡Ojalá esto nunca llegue a mis oídos!

²⁹³ En las asambleas que se celebran en condiciones normales todos permanecen sentados excepto el que está en el uso de la palabra.

Pero si hacéis caso de mis consejos, aunque ello nos pese,
 por la noche cobraremos brío en la asamblea, y serán las torres
 elevadas, las puertas y las hojas sobre aquéllas ajustadas, 275
 extensas, bien pulidas y uncidas, las que protegerán la ciudad;
 y mañana temprano, al alba, equipados con las armas
 nos apostaremos sobre las torres y ¡peor para él si decide
 salir de las naves y luchar con nosotros por ganar la muralla!
 Deberá retroceder, cuando a los caballos, de erguidos cuellos, 280
 sacie de todo tipo de carreras, errando al pie de la ciudad.
 A pesar de sus ánimos, no podrá entrar al asalto
 y nunca la saqueará. ¡Antes será pasto de los ágiles perros!»

Mirando con torva faz, replicó Héctor, de tremolante penacho:
 «¡Polidamante! Ya no me resulta grato eso que proclamas, 285
 pues nos mandas replegarnos y quedarnos cercados en la ciudad.
 ¿Es que no estáis hartos de estar encerrados en las torres?
 Antes acerca de la ciudad de Príamo las míseras gentes
 decían sin excepción que era rica en oro y rica en bronce;
 mas ahora aquellos bellos tesoros han desaparecido de las casas 290
 y muchas riquezas han llegado a Frigia y a la amena Meonia
 en venta, desde que el excelso Zeus abominó de nosotros.
 Pero ahora que el taimado hijo de Crono me ha concedido ganar
 gloria junto a las naves y oprimir a los aqueos contra el mar,
 ¡insensato!, no es momento de exponer esas propuestas al pueblo. 295
 Mas ninguno de los troyanos te obedecerá: no lo consentiré.
 Ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos.
 Tomad ahora la cena en el campamento divididos por grupos,
 acordaos de montar guardia y que cada uno se mantenga alerta.
 El troyano que sienta una angustia excesiva por sus bienes 300
 que los reúna y entregue a las huestes para gastarlos en común;
 más vale que los disfrute uno de nosotros que los aqueos.
 Mañana temprano, al alba, equipados con las armas,
 despertemos junto a las huecas naves al feroz Ares.
 Si es verdad que el divino Aquiles ha salido de las naves, 305
 peor será para él, si es eso lo que quiere. Yo no pienso
 huir fuera del entristecedor combate, sino que me plantaré

delante a ver quién se lleva una gran victoria, si él o yo.
Enialio es imparcial y también mata al matador.»

310 Así habló Héctor ante todos, y los troyanos lo aclamaron,
¡insensatos!, pues Palas Atenea les había quitado el juicio:
dieron la aprobación a Héctor, que proponía desgracias,
y nadie aceptó el buen plan que Polidamante había expuesto.
Tomaron entonces la cena por el campamento, y los aqueos
315 pasaron toda la noche gimiendo y llorando por Patroclo.
Entre ellos el Pelida entonó un reiterativo llanto,
poniendo sus homicidas manos sobre el pecho de su compañero
en medio de entrecortados sollozos, como un melenudo león
al que el cazador de ciervos hurta a escondidas sus cachorros
320 del espeso bosque y que al llegar más tarde se aflige
y recorre muchas cañadas, rastreando las huellas del hombre
con la esperanza de hallarlo, pues una punzante ira lo domina;
así exclamó él con hondos suspiros entre los mirmídones:

«¡Ay! ¡Qué palabras más baldías proferí aquel día
325 por animar al héroe Menecio en su palacio, cuando aseguré
que le llevaría a Opunte a su hijo cubierto de gloria,
tras saquear Ilio y adjudicarse su parte en el botín ²⁹⁴!
Pero Zeus no les cumple a los hombres todos sus propósitos,
pues el destino de ambos es que enrojeczamos la misma tierra
330 aquí, en Troya, ya que tampoco a mí me darán la bienvenida
de regreso al palacio Peleo, el anciano conductor de carros,
y Tetis, mi madre, sino que la tierra me acogerá aquí en su seno.
Ahora, Patroclo, ya que voy a ir bajo tierra después de ti,
no te tributaré las exequias hasta que traiga aquí las armas
335 y la cabeza de Héctor, el asesino tuyo, oh magnánimo amigo.
Degollaré delante de tu pira a doce
ilustres vástagos de los troyanos, irritado por tu muerte ²⁹⁵.

²⁹⁴ Patroclo había salido desterrado de Opunte por un homicidio involuntario (véase XXIII 88). Aquiles parece suponer aquí que el destierro sólo sería temporal.

²⁹⁵ Promesa cuyo cumplimiento se efectúa en XXIII 175 s.

En tanto te quedarás yaciendo así junto a las corvas naves,
 y a tu alrededor llorarán día y noche vertiendo lágrimas
 las troyanas y las dardánidas, de esbeltos talles, 340
 que adquirimos con fatiga gracias a la fuerza y a la larga lanza,
 al saquear juntos pingües ciudades de miseras gentes.»

Tras hablar así, el divino Aquiles invitó a sus compañeros
 a poner al fuego una gran trébede, para que cuanto antes
 lavaran las ensangrentadas heridas del cuerpo de Patroclo. 345
 Pusieron bajo el voraz fuego la trébede para el baño,
 vertieron agua en ella, metieron leña debajo y la prendieron.
 El fuego abrazó la panza de la trébede y fue calentando el agua
 y en cuanto rompió a hervir dentro del cegador bronce,
 bañaron y ungieron su cuerpo con craso aceite 350
 y llenaron las llagas de unguento de nueve años.

Lo depositaron en un lecho y lo taparon con un fino lienzo
 desde los pies a la cabeza y encima con un blanco manto.
 Entonces toda la noche en torno de Aquiles, de rápidos pies,
 pasaron los mirmídones gimiendo y llorando por Patroclo, 355
 y entre tanto, Zeus dijo a Hera, su hermana y esposa:

«¡Después de todo, augusta Hera, de inmensos ojos, también
 has conseguido mover a Aquiles, de rápidos pies! Se diría
 que de ti misma han nacido los aqueos, de melnuda cabellera.»

Le respondió entonces la augusta Hera, de inmensos ojos: 360

«¡Atrocísimo Crónida! ¡Qué clase de palabra has dicho!
 Cuando hasta una persona es probable que cumpla sus propósitos,
 a pesar de ser un simple mortal y no conocer tantos ingenios,
 ¿cómo entonces yo, que me tengo por la primera de las diosas,
 tanto por mi alcurnia como por poseer el título de cónyuge tuya, 365
 que eres quien reina como soberano de todos los inmortales,
 no debería urdir males contra los troyanos, si tengo rencor?»

Mientras ellos conversaban con tales razones,
 Tetis, la de argénteos pies, llegó a la morada de Hefesto,
 inconsumible, estrellada, excelente entre las inmortales, 370
 bronceína, que el propio cojitranco se había fabricado.
 Lo halló sudoroso, yendo y viniendo alrededor de los fuelles

- con prisas, pues estaba forjando veinte trípodes en total,
para instalarlos en el contorno de la pared de la sólida sala.
- 375 Había colocado bajo la base de cada uno unas áureas ruedas,
para que por sí solos entraran en la reunión de los dioses
y de nuevo regresaran a casa: ¡una maravilla para la vista!
Tenían la configuración definitiva, pero las primorosas asas
no estaban aún adheridas: las preparaba y forjaba las grapas.
- 380 Mientras se afanaba en estos menesteres con sabia destreza,
llegó cerca de él Tetis, la diosa de argénteos pies.
Al salir, la vio Caris, la del espléndido velo,
bella, con quien estaba desposado el muy ilustre cojitranco ²⁹⁶.
Asió su mano, le habló y la llamó por todos sus nombres:
- 385 «¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,
venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia.
Mas pasa antes dentro, que voy a servirte dones de hospitalidad.»
- Tras hablar así, la diosa de la casta de Zeus la condujo
y le ofreció asiento en un trono tachonado de clavos de plata,
390 bello y primoroso, con un escabel para los pies.
Llamó a Hefesto, el ilustre artesano, y le dijo:
«¡Hefesto, ven aquí! ¡Tetis te necesita para algo!»
Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:
«Temible y venerable es la diosa que honra nuestra casa,
395 la que me salvó del dolor que me invadió aquella vez que caí
lejos por voluntad de la perra de mi madre, que había decidido
ocultarme porque era cojo ²⁹⁷. Entonces habría padecido dolores,
de no ser por Eurínome y Tetis, que me acogieron en su regazo,
Eurínome, la hija de Océano, el que refluye a su fuente.
- 400 Con ellas pasé nueve años forjando primorosas piezas de bronce:
broches, brazaletes en espiral, sortijas y collares,

²⁹⁶ En la *Odisea* VIII 266 ss., así como en la mayor parte de la tradición posterior, Afrodita es la esposa de Hefesto, y las Cárites forman parte del séquito de Afrodita.

²⁹⁷ Las alusiones a leyendas referidas a la expulsión de un dios del Olimpo, arrojado desde lo alto, son frecuentes en la *Ilíada*: véanse XIV 249, XV 18 ss. y, sobre el propio Hefesto, I 590 ss.

en la hueca gruta a cuyo alrededor la corriente de Océano
 fluía indescriptible entre borbulleos de espuma. Nadie más
 ni de los dioses ni de los mortales hombres estaba enterado;
 sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las que me habían salvado. 405
 Aquélla es quien ahora llega a nuestra casa; por eso es mi deber
 pagar íntegra mi redención a Tetis, la de bellos bucles.
 Mas sírvele tú ahora bellos presentes de hospitalidad,
 mientras yo dejo los fuelles y todas las herramientas.»

Dijo, y levantó su resoplante mole del cepo del yunque 410
 cojeando, mientras las frágiles pantorrillas iban meneándose.
 Apartó del fuego los fuelles, y todas las herramientas
 con las que trabajaba las reunió en un argénteo arcón.
 Con una esponja se enjugó el contorno del rostro y las manos,
 el robusto cuello y el velludo pecho; y se enfundó 415
 una túnica, cogió un grueso bastón y salió a la puerta
 cojeando. Marchaban ayudando al soberano unas sirvientas
 de oro, semejantes a vivientes doncellas.

En sus mientes hay juicio, voz y capacidad de movimiento,
 y hay habilidades que conocen gracias a los inmortales dioses. 420
 A los lados del soberano jadeaban, y éste con penoso paso
 llegó cerca de Tetis y se sentó sobre un reluciente trono.
 Asíó su mano, le habló y la llamó con todos sus nombres:

«¿Para qué vienes a nuestra casa, Tetis, de largo vestido,
 venerable y querida? Antes no nos visitabas con frecuencia. 425
 Di lo que sientes. Mi ánimo me manda cumplirlo,
 si es que puedo realizarlo y es susceptible de cumplimiento.»

Le respondió entonces Tetis, derramando lágrimas:

«¡Hefesto! ¿Hay alguna de cuantas diosas hay en el Olimpo
 que haya soportado en sus mientes tantas luctuosas penas 430
 como los dolores que Zeus Crónida me ha dado a mí sobre todas?
 De entre las diosas marinas fui yo la subyugada para un hombre,
 el Eácida Peleo, y tuve que aguantar el lecho de un mortal,
 a menudo en contra de mi voluntad. Ahora, de luctuosa vejez
 preso, yace en el palacio, pero para mí hay otros dolores. 435
 Me concedió un hijo, al que alumbré y crié para ser

el más notable de los héroes, que pronto creció cual retoño
—y yo lo crié como a la planta sobre la colina del viñedo
y lo envié con las corvas naves hacia Ilio a luchar

440 contra los troyanos— y ya *no volveré a darle la bienvenida*
de regreso en casa, dentro de la morada de Peleo.

Y mientras dura su vida y contempla la luz del sol,
está afligido y ni siquiera puedo ir y socorrerlo.

La muchacha que los hijos de los aqueos le reservaron en prenda
445 se la ha quitado de las manos el poderoso Agamenón.

Se consumía las mientes afligido por ella, y los troyanos
han ido acorralando a los aqueos junto a las popas sin dejarlos
siquiera salir a las puertas. Le hicieron súplicas los ancianos
de los argivos y enumeraron muchos regalos muy ilustres.

450 Él entonces se negó a defenderlos personalmente del estrago,
mas permitió a Patroclo vestirse con sus armas,

y lo envió al combate y además le procuró su numerosa hueste.

Todo el día ²⁹⁸ se han batido alrededor de las puertas Esceas
y hoy mismo habrían saqueado la ciudad de no ser por Apolo,

455 que al valeroso hijo de Menecio, autor de grandes proezas,
ha matado ante las líneas y ha otorgado la gloria a Héctor.

Por eso ahora vengo ante tus rodillas a rogarte si quieres
dar a mi hijo, cuyo hado es inminente, un broquel y un yelmo,
unas bellas grebas, ajustadas a las tobilleras, y una coraza;

460 pues lo que tenía lo ha perdido su leal compañero, doblgado
ante los troyanos, y él yace en el suelo lleno de congoja.»

Le respondió entonces el muy ilustre cojitranco:

«¡Ánimo! ¡No debes preocuparte por eso en tus mientes!

Ojalá pudiera esconderlo lejos de la entristecedora muerte,

465 cuando el atroz destino le llegue, con la misma seguridad
con la que puedo afirmar que tendrá una armadura tan bella
que se maravillará de ella cualquier hombre que la vea.»

²⁹⁸ En realidad, la lucha durante el día que comprende XI-XVIII no tiene lugar siempre junto a las puertas Esceas, sino más bien junto a las naves de los aqueos hasta el momento de la aparición de Patroclo.

Tras hablar así, la dejó allí y fue hacia los fuelles.
 Volvió a colocarlos al fuego y los puso a trabajar.
 Los fuelles, veinte en total, soplaban en los crisoles, 470
 exhalando diversos soplos aptos para prender la llama,
 a veces avivándola cuando tenía prisa y a veces al revés,
 conforme al deseo de Hefesto y a lo que la labor demandaba.
 Colocó bajo el fuego inflexible bronce y estaño,
 valioso oro y plata, y a continuación 475
 puso un gran yunque en el cepo, y, mientras con una mano asía
 el potente martillo, con la otra sujetaba las tenazas.

Fabricó en primerísimo lugar un alto y compacto escudo ²⁹⁹
 primoroso por doquier y en su contorno puso una reluciente orla
 de tres capas, chispeante, a la que ajustó un áureo talabarte. 480
 El propio escudo estaba compuesto de cinco láminas y en él
 fue creando muchos primores con su hábil destreza.

Hizo figurar en él la tierra, el cielo y el mar,
 el infatigable sol y la luna llena,
 así como todos los astros que coronan el firmamento: 485
 las Pléyades, las Híades y el poderío de Orión ³⁰⁰,
 y la Osa, que también denominan con el nombre de Carro,
 que gira allí mismo y acecha a Orión,

²⁹⁹ A partir de este verso comienza la famosa descripción del escudo, cuyas representaciones serán descritas con detalle. Existe la posibilidad de que la descripción, siendo en lo esencial un producto de la imaginación poética, parta de la observación de algún ejemplar real. El tipo del trabajo del metal es posible que sea semejante al de las dagas micénicas que las excavaciones arqueológicas han dado a conocer. La forma del escudo descrito quizá toma como modelo los largos escudos cilíndricos «como una torre». Es más difícil imaginar la situación de cada escena representada en la superficie del escudo, pero no hay que descartar que el autor haya seguido en su imaginación la superficie, que quizá debemos imaginar a partir de las representaciones conocidas en la cerámica arcaica.

³⁰⁰ Las Pléyades y las Híades marcaban respectivamente con su aparición el principio y el fin de la estación normal de navegación. La leyenda de Orión se relata en *Odisea* V 121 ss.

y que es la única que no participa de los baños en el Océano.

490 Realizó también dos ciudades de miserables gentes,
bellas. En una había bodas y convites, y novias
a las que a la luz de las antorchas conducían por la ciudad
desde cámaras nupciales; muchos cantos de boda alzaban su son;
jóvenes danzantes daban vertiginosos giros y en medio de ellos
495 emitían su voz flautas dobles y fórminges, mientras las mujeres
se detenían a la puerta de los vestíbulos maravilladas.

Los hombres estaban reunidos en el mercado. Allí una contienda
se había entablado, y dos hombres pleiteaban por la pena debida
a causa de un asesinato: uno insistía en que había pagado todo
500 en su testimonio público, y el otro negaba haber recibido nada,
y ambos reclamaban el recurso a un árbitro para el veredicto.
Las gentes aclamaban a ambos, en defensa de uno o de otro,
y los heraldos intentaban contener al gentío. Los ancianos
estaban sentados sobre pulidas piedras en un círculo sagrado
505 y tenían en las manos los cetros de los claros heraldos,
con los que se iban levantando para dar su dictamen por turno.
En medio de ellos había dos talentos de oro en el suelo,
para regalárselos al que pronunciara la sentencia más recta ³⁰¹.

La otra ciudad estaba asediada por dos ejércitos de tropas
510 que brillaban por sus armas. Contrarios planes les agradaban:
saquearla por completo o repartir en dos lotes todas
las riquezas que la amena fortaleza custodiaba en su interior ³⁰².
Mas los sitiados no se avenían aún y disponían una emboscada.
Las queridas esposas y los infantiles hijos defendían el muro
515 de pie sobre él, y los varones a los que la vejez incapacitaba;

³⁰¹ Cabe suponer que cada litigante ha depositado un talento, y que el total será para el juez que por las aclamaciones del auditorio emita el veredicto más justo.

³⁰² Probablemente la representación figuraba en el centro unas murallas y a cada lado un grupo de sitiadores para simular que la ciudad está rodeada. La distribución de los sitiadores en dos grupos puede sugerir la existencia de dos planes distintos.

los demás salían y al frente iban Ares y Palas Atenea,
ambos de oro y vestidos con áureas ropas,
bellos y esbeltos con sus armas, como corresponde a dos dioses,
conspicuos a ambos lados, en tanto que las tropas eran menores.
En cuanto llegaron adonde les pareció bien tender la emboscada, 520
un río donde había un abrevadero para todos los ganados,
se apostaron allí, recubiertos de rutilante bronce.

Dos vigías suyos se habían instalado a distancia de las huestes
al acecho de los ganados y de las vacas, de retorcidos cuernos.
Éstos pronto aparecieron: dos pastores les acompañaban, — 525
recreándose con sus zampoñas sin prever en absoluto la celada.

Al verlos, los agredieron por sorpresa y en seguida
interceptaron la manada de vacas y los bellos rebaños
de blancas ovejas y mataron a los que las apacentaban.

Nada más percibir el gran clamor que rodeaba la vacada, 530
los que estaban sentados ante los estrados en los caballos,
de suspensas pezuñas, montaron, acudieron y pronto llegaron.

Nada más formar se entabló la lucha en las riberas del río,
y unos a otros se arrojaban las picas, guarnecidas de bronce.
Allí intervenían la Disputa y el Tumulto, y la funesta Parca, 535
que sujetaba a un recién herido vivo y a otro no herido,

arrastraba de los pies a otro muerto en medio de la turba
y llevaba a hombros un vestido enrojecido de sangre humana.
Todos intervenían y luchaban igual que mortales vivos
y arrastraban los cadáveres de los muertos de ambos bandos. 540

También representó un mullido barbecho, fértil campiña,
ancho, que exigía tres vueltas. En él muchos agricultores
guiaban las parejas acá y allá, girando como torbellinos.
Cada vez que daban media vuelta al llegar al cabo del labrantío,
un hombre con una copa de vino, dulce como miel, se les acercaba 545
y se la ofrecía en las manos; y ellos giraban en cada surco,
ávidos por llegar al término del profundo barbecho,
que tras sus pasos ennegrecía y parecía tierra arada
a pesar de ser de oro, ¡singular maravilla de artificio!

550 Representó también un dominio real ³⁰³. En él había
 jornaleros que segaban con afiladas hoces en las manos.
 Unas brazadas caían al suelo en hileras a lo largo del surco,
 y otras las iban atando los agavilladores en hatos con paja.
 Tres agavilladores había de pie, y detrás había
 555 chicos que recogían las brazadas, las cargaban en brazos
 y se las facilitaban sin demora. Entre ellos el rey se erguía
 silencioso sobre un surco con el cetro, feliz en su corazón.
 Los heraldos se afanaban en el banquete aparte bajo una encina
 y se ocupaban del gran buey sacrificado; y las mujeres copiosa
 560 harina blanca espolvoreaban para la comida de los jornaleros.

Representó también un viña muy cargada de uvas,
 bella, áurea, de la que pendían negros racimos
 y que de un extremo a otro sostenían argénteas horquillas.
 Alrededor trazó un foso de esmalte y un vallado
 565 de estaño; un solo sendero guiaba hasta ella,
 por donde regresaban los porteadores tras la vendimia.
 Doncellas y mozos, llenos de joviales sentimientos,
 transportaban el fruto, dulce como miel, en trenzadas cestas.
 En medio de ellos un muchacho con una sonora fórminge
 570 tañía deliciosos sonos y cantaba una bella canción de cosecha ³⁰⁴
 con tenue voz. Los demás, marcando el compás al unísono,
 le acompañaban con bailes y gritos al ritmo de sus brincos.

Realizó también una manada de cornierguidas vacas,
 que estaban fabricadas de oro y de estaño
 575 y se precipitaban entre mugidos desde el estiércol al pasto
 por un estruendoso río que atravesaba un cimbreante cañaveral.

³⁰³ Dado que aquí se refiere al predio del rey, cabe la posibilidad de que la escena de arado anterior se refiera concretamente al trabajo de la tierra comunal.

³⁰⁴ El texto indica que cantaban el *lino* (sobre cuya difusión geográfica, véase HERÓDOTO, II 79, 1-2), término de significado incierto (del que también un escolio informa que es una canción triste para los banquetes y coros); el contexto hace razonable el sentido que recoge la traducción.

Iban en hilera junto con las vacas cuatro áureos pastores,
y nueve perros, de ágiles patas, les acompañaban.

Dos pavorosos leones en medio de las primeras vacas
sujetaban a un toro, de potente mugido, que bramaba sin cesar 580
mientras lo arrastraban. Perros y mozos acudieron tras él.

Pero aquéllos desgarraron la piel del enorme buey y engullían
las entrañas y la negra sangre, mientras los pastores
los hostigaban en vano, azuzando los rápidos perros.

Éstos estaban demasiado lejos de los leones para morderlos; 585
se detenían muy cerca y ladraban, pero los esquivaban.

El muy ilustre cojitranco realizó también un pastizal
enorme para las blancas ovejas en una hermosa cañada,
establos, chozas cubiertas y apriscos.

El muy ilustre cojitranco bordó también una pista de baile 590
semejante a aquella que una vez en la vasta Creta
el arte de Dédalo fabricó para Ariadna, la de bellos bucles ³⁰⁵.

Allí zagales y doncellas, que ganan bueyes gracias a la dote,
bailaban con las manos cogidas entre sí por las muñecas.

Ellas llevaban delicadas sayas, y ellos vestían túnicas 595
bien hiladas, que tenían el suave lustre del aceite.

Además, ellas sujetaban bellas guirnaldas, y ellos dagas
áureas llevaban, suspendidas de argénteos tahalíes.

Unas veces corrían formando círculos con pasos habilidosos
y suma agilidad, como cuando el torno, ajustado a sus palmas, 600
el alfarero prueba tras sentarse delante, a ver si marcha,

y otras veces corrían en hileras, unos tras otros ³⁰⁶.

Una núcrida multitud rodeaba la deliciosa pista de baile,
recreándose, y dos acróbatas a través de ellos ³⁰⁷, 604-5
como preludeo de la fiesta, hacían volteretas en medio.

³⁰⁵ La isla de Creta tenía en la Antigüedad ciertas asociaciones estrechas
con la danza. Por eso es normal que la representación figurativa de una
danza evoque la isla.

³⁰⁶ Se ha sugerido que el recorrido de los pasos del baile remeda el de
los vericuetos del laberinto cretense.

³⁰⁷ Después de 'recreándose' las ediciones insertan un verso coincidente

Representó también el gran poderío del río Océano a lo largo del borde más extremo del sólido escudo ³⁰⁸

Después de fabricar el alto y compacto escudo,
 610 le hizo una coraza que lucía más que el resplandor del fuego
 y también un ponderoso casco ajustado a sus sienes,
 bello y primoroso, que encima tenía un áureo crestón,
 y también unas grebas de maleable estaño.

Tras terminar toda la armadura, el ilustre cojitranco
 615 la levantó y la presentó delante de la madre de Aquiles,
 que, cual gavián, descendió de un salto del nevado Olimpo,
 llevando las chispeantes armas de parte de Hefesto.

con *Odisea*, IV 17, que, según Ateneo, *Deipnosofistas*, V 181 c, correspondería a este lugar también. El resultado sería: recreándose, y entre ellos cantaba el divino aedo / mientras tañía la fórminge, y dos acróbatas a través de ellos /...

³⁰⁸ El Océano debe de ocupar la orla exterior del escudo, igual que se suponía que ocupaba el contorno exterior de la tierra.